

P. Alfonso Ruiz, ocd

5

Estilo de Mortificación

Burgos - 2020

INDICE

Estilo de mortificación

- Un valor admirable.*
- Una penitencia envidiada....*
- Ejercicios de mortificación.*
- El camino de la penitencia.*
- El rigor de la penitencia.*
- Discreción y suavidad.*
- La otra penitencia.*

Estilo de mortificación

Entre las lecciones vivenciales impartidas por la Santa y sus monjas a Fr. Juan en su noviciado de Valladolid, hay una que podría parecernos extraña y pasarnos desapercibida. Pero sería pecar de superficiales si la pasáramos por alto, cuando ella misma se ha referido con precisión a su deseo de que este llevase “bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad” (F.13,5) aludiendo poco menos que a un estilo de mortificación, como algo característico del vivir de las hermanas que el Santo ha de aprender.

Claro que, para disipar la extrañeza, basta con tener en cuenta la importancia que la mortificación ha tenido siempre en el planteamiento espiritual de la vida religiosa, o mejor de la vida cristiana. Y que sigue teniendo, por supuesto, aunque hoy reclamemos su ejercicio desde otras maneras y se ha replanteado por la teología su sentido...

Por eso, para mejor entender esa lección y el apremio teresiano de enseñar un estilo de practicarla, lo más oportuno será tratar de recordar cómo se vivía y consideraba la mortificación en su tiempo, pues no cabe olvidar que, en esto como en tantas otras cosas, ella es deudora de su época, del momento histórico en que ha vivido, de los conceptos y prácticas entonces vigentes. Haciéndolo así, no solo entenderemos mejor sus palabras o sus admiraciones, sino también valoraremos más **el aire nuevo que también en esto ha dado** a su reclamo y necesidad de la mortificación, por lo que bien cabe hablar de **un modo peculiar o estilo de vivirla** que puede caracterizar a los suyos.

Vaya por delante también el indicar que el sentido preciso de la palabra mortificación se identifica, en la mayoría de los casos, con el usual dado a la palabra penitencia. Es decir, el de una obra costosa que se asume o se busca, queriendo lograr, a través de ella, tanto la propia purificación como unirse al padecer del Señor, por cuyo amor, naturalmente se hace la mortificación o penitencia. Así, uniendo ambos conceptos, nos dirá la Santa tras la visión del infierno: “deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de en todo en todo apartarme del mundo” (V 32,8).

Un valor admirable.

Y lo primero que cabe resaltar es que la mortificación aparece por sí misma en el itinerario espiritual de cualquier persona de su tiempo como **un valor prestigioso y admirable, que va unido al concepto de santidad**. No hay vida de santo que no realce sus prácticas de penitencia o mortificación.

Y cuanto esas mortificaciones son más fuera de lo común, parecen denotar también una santidad mayor, al menos en la percepción de la gente sencilla, con lo que despiertan una cierta admiración y envidia en quien las observa, solicitando incluso la emulación. Y de esta admiración común ha participado, sin duda, la Santa, que no hay que olvidar que ha sido en esas vidas de santos y, en particular, de mártires —como sabemos— donde la Santa inicia de niña sus lecturas y su aprendizaje de la virtud (V1,5) y su deseo ingenuo de “morir así”, que una vez fracasado su intento de lograrlo, de repente le lleva a “ser ermitaños” y hacer monasterios (ib-6).

En la misma línea van también parte de esos libros que lee luego de la Biblioteca de su tío D. Pedro que, ante todo, le invitan a asumir con entereza las pruebas y sufrimientos. De manera que ella misma piensa —cuando empieza a madurar su deseo de ingresar en la vida religiosa— en aceptar las dificultades de la misma como una especie de penitencia que los “trabajos y pena de ser mon-

ja no podía ser mayor que la del purgatorio, y que yo había merecido el infierno, que no era mucho estar lo que viviese como en un purgatorio” (V 3,6).

Con este sentimiento, tan ingenuamente confesado, la Santa delata lo que era una especie de conciencia colectiva. Hay que vivir padeciendo y, en la medida en que se hace, a través de la mortificación o penitencia, nos ganamos un tanto a pulso la bienaventuranza, Por eso resulta tan envidiable la mortificación clamorosa que algunos practican, y que **parece anunciar un grado de virtud y santidad tan fuera de lo común como lo sea la penitencia que se hace.**

“Los grandes santos que vivían en los desiertos, como eran guiados por Dios, así hacían grandes penitencias” (R 36,1), dirá la propia santa, viendo en la misma no solo la expresión de la santidad sino también una moción del Señor que les impulsa y les mueve a ella.

Y lo mismo vendrá a decir en las séptimas Moradas, aludiendo ya a la fuerza misteriosa del amor que mueve para hacerlas: “y de aquí debían venir las grandes penitencias que hicieron muchos santos” (7 M 4,11).

Pero **penitencia y santidad no son términos convertibles**. Porque desde luego es claro que todos los santos han hecho penitencia, pero no lo es que todos los penitentes sean santos o alcancen la santidad.

Una penitencia envidiada

Así se explica que de la admiración por la mortificación y penitencia que algunos hacen se pase a sentir con facilidad una cierta envidia. Por pensar que denota una mayor santidad y en definitiva una mayor generosidad en el servicio del Señor.

Podríamos citar, en el caso de la Santa, no pocos textos alusivos a ello. Y, en particular, el encomio con que pondera el espíritu penitente de algunas personas. Baste aludir a dos personajes, ciertamente más excepcionales, aunque de valor muy diferente, que desfilan por sus páginas, delatando una cierta envidia de Teresa.

El primero de ellos, san Pedro de Alcántara, aquel hombre que “parecía hecho de raíces de árboles” y cuya vida austera y de “áspera penitencia” se detiene en glosar con verdadera fruición admirativa, lamentando que esos ejemplos no tengan seguidores con el pretexto de que “andan las saludes más flacas y no son los tiempos pasados” (V 27,16), para acabar concluyendo cuando muere: “Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria” (Ib.20).

De hecho, ella misma lo ve en varias ocasiones, después de muerto, con grandísima gloria, que el santo abona con asegurarle desde la otra vida: “bienaventurada penitencia que tanto premio había merecido” (Ib. 19). No hay duda, pues, para la Santa que, en su apreciación, se hace eco del parecer general de que la santidad y la gloria subsiguiente que se alcanza, está en proporción a la penitencia hecha, por lo que, si resulta envidiable esa gloria y santidad, ha de serlo también la penitencia que las alcanza ...

La otra figura singular que desfila por las páginas teresianas, con confesada admiración de la Santa es Catalina de Cardona, la singular y extraña ermitaña amparadora de la fundación de descalzos de la Roda. Teresa cuenta igualmente su vida por menudo y no se recata al hacerlo de decir a sus monjas que lo hace “para que viendo la penitencia de esta santa, veáis mis hermanas cuan atrás quedamos nosotras y os esforcéis para de nuevo servir a nuestro Señor” (F.28,22).

Aparte de la generosidad de Teresa al calificar de santa a la Cardona, largueza usual en ella a la hora de calificar a muchas personas, lo evidente es la admiración y envidia que le producen sus penitencias y, como en su consideración y en la del sentir común, las penitencias, más si son extremas, delatan un género de santidad. No sobra advertir, en este caso, sin embargo, que ella no conoció personalmente a esta mujer y que todo lo que dice, según ella misma reconoce, es por haberlo oído y por haber sido “informada”, con lo que está claro que se está haciendo eco de un parecer común entre las gentes.

A tanto llegó incluso la admiración concreta por lo que oía contar de esta mujer que la Santa llega a envidiar la libertad con que vivía, sin tener que contar con la atadura de una obediencia religiosa como ella misma, que —en no pocas ocasiones— limitaba sus deseos de hacer algo semejante: “Y cómo yo pudiera haber hecho más, según los deseos que me ha dado alguna vez el Señor de hacerla, si no fuera por obedecer a los confesores, que si sería mejor no los obedecer de aquí en adelante”. Pero será entonces cuando escuche también un aviso del Señor que le tranquiliza diciéndole: “¿Ves toda la penitencia que hace? En más tengo tu obediencia” (R 21).

Ejercicios de mortificación

Pero, antes de que el Señor aclarase así sus dudas, y de que ardiera en sus deseos, Teresa —como hija de su tiempo y al hilo de las exigencias y planteamientos de la época— había buscado noblemente ejercitarse ella misma en la penitencia como el modo más ordinario y al alcance de la mano de ofrecer algo al Señor a la vez que se va puliendo la propia vida en respuesta a su llamada.

Así se lo recomendó el P. Cetina, que le mandaba hacer algunas mortificaciones “no muy sabrosas para mí”. Que ella asume, no obstante, con decisión y generosidad ya que —como dice—: “Todo lo hacía porque parecía me lo mandaba el Señor” (V 24,2). Parece, por tanto, que en un principio, a tenor de sus palabras, no era muy dada a ellas, ya que, según nos ha contado en el capítulo anterior, si bien “en las mercedes de Dios estaba adelante”, “estaba muy en los principios en las virtudes y, mortificación” (V 23,9).

No deja de ser significativo a este respecto que es precisamente ese cierto descuido en la práctica de ambas cosas lo que lleva a juzgar a sus severos censores Daza y compañía, que sus mismas gracias extraordinarias son del “demonio”. Y de algún modo concuerda con ellos —aunque no en el juicio— el citado Cetina cuando le dice que “era menester tornar de nuevo a la oración porque no iba bien fundada ni había comenzado a entender mortificación” (V 23,16).

Teresa tomará en serio el consejo y, fiel a esa invitación, según nos cuenta ella misma, “comencé a aficionarme a más penitencia de que yo estaba descuidada por ser tan grandes mis enfermedades” (V 24,2). Pero lo curioso es que el mismo P. Cetina le dice que “por ventura me daba Dios tanto mal, porque yo no hacía penitencia, me la quería dar su Majestad (Ib).

Teniendo en cuenta esta apreciación, no creo haga falta insistir más en la importancia que los espirituales daban a la mortificación y cómo era vista como un complemento necesario de la virtud, que el propio Señor se preocupa de estimular cuando el alma que lo busca lo descuida.

Luego, de hecho, y a tenor de lo que nos dice la propia Santa, el ansia de la mortificación nacerá como un impulso interior a instancia de las mismas gracias místicas hasta arder en sus deseos, como nos ha dicho, por entender que es la única manera al alcance de corresponder al amar de quien se las otorga.

De ahí que, a partir de las cuartas moradas en que empieza lo sobrenatural, se intensifica el deseo de la penitencia, venciendo la indolencia o el temor primeros, pues —como dice la Santa—

“el temor que solía tener de hacer penitencias, de perder la salud, ya le parece que todo lo podrá” (4M 3,9), y luego señala como propio de las quintas que quienes llegan a ellas tienen “los deseos de penitencia grandísimos” junto al de soledad y que todos conozcan a Dios.

Y los mismos deseos grandísimos de penitencia sienten quienes avanzan hasta las sextas Moradas, sobre lo que hace la Santa el siguiente comentario: “Y no hacen mucho en hacerlas, porque con la fuerza del amor, sienten poco cuanto hacen” (6M 6,4,15).

Para acabar concluyendo de quienes están ya en las séptimas Moradas, que “el hacer penitencia esta alma, mientras más grande, le es mayor deleite” (7M,29) de manera que, al fin, “la verdadera penitencia es cuando le quita Dios la salud para poderla hacer y fuerzas” (ib).

A instancia de este subido amor del Señor, nada tiene, entonces, de extraño que, desde la tibiaza inicial, se llegue al deseo más vivo de la penitencia, como Teresa confiesa de sí en las relaciones, cuando dice que “los ímpetus que me dan algunas veces y han dado de hacer penitencia son grandes” (R 3,3).

Más aún, esos ímpetus no son solo un deseo de corresponder al amor de Dios percibido en las gracias místicas, sino que, en ocasiones, es también el modo más generoso que tienen las almas para respaldar su oración, cuando andan solícitos del bien de sus hermanos.

Así, hablando de ese amor espiritual puro hacia el prójimo a quien se quisiera ver cada día más cerca del Señor, escribe la Santa: “Es cosa extraña qué apasionado amor es este, qué de lágrimas cuesta, qué de penitencias y oración” (C 7,1).

El camino de la penitencia

A la vista de todo lo dicho, aparece claro que la penitencia es valorada como un medio, en cierto modo, insustituible y, en cierto modo, creciente, tanto de correspondencia al amor del Señor como de la propia mejora espiritual.

Pero en este segundo caso, la Santa nos advierte que pudiera entrañar el riesgo de pensar que, con la penitencia, compramos de alguna manera esa mejora, o los propios dones del Señor. Y ella nos advierte, hablando ya simplemente de los gustos que da el Señor en la oración de quietud que “si se hace pedazos a penitencias y oración y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar, aprovecha poco” (V 14,5).

No siempre tampoco **la motivación que lleva a buscar la penitencia** pudiera ser tan clara como el deseo de corresponder al amor de Dios o de crecer en su servicio. Podría ser también como una especie de **tentación sutil de orgullo**.

A la búsqueda de esa admiración que conlleva la penitencia por juzgarla como señal de la virtud y santidad, advierte la Santa sagaz, en el *Camino de la tentación* que puede ser el darse a la misma: “así es en penitencias desconcertadas, para hacernos entender que somos más penitentes que los otros y que hacéis algo” (C 39,3) y que en definitiva nos tengan por más.

Esto podría llevar, además, a buscar la penitencia de una manera desenfrenada: “pone el demonio en una hermana unos ímpetus de penitencia, que le parece no tiene descanso sino cuando se está atormentando” (1M 2,16); “Penitencias sin camino ni concierto”, las llama la Santa en el Camino (C 10,6).

Y de esta búsqueda imprudente, nacida como tentación, puede nacer otra actitud de signo contrario, que sería la de apartarse de la penitencia con el pretexto de que les ha resultado nociva la que practicaron. “les pone el demonio que les hizo daño, que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron” (CE 15,4). Lo cierto es —si tenemos en cuenta lo que dice la Santa— que hay almas que han hecho de la penitencia **no solo un medio sino también un fin**, un camino por el que transitan con naturalidad hacia el encuentro con Dios. Y que hay gente más propensa a ello, por inclinación natural.

De ahí que prevenga sensatamente a las prioras en las *Fundaciones*, de cómo han de llevar a las monjas “a cada una por donde Su Majestad la lleva” (F 18,9) sin dejarse guiar por sus propias predilecciones, como hacía aquella priora a la que alude: “Estuve una vez en una de estas casas, con una priora que era amiga de penitencia. Por aquí llevaba a todas. Acaecíale darse disciplina de una vez todo el convento siete salmos penitenciales con oraciones y cosas de esta manera” (18,7).

Consejo que, a simple vista, parecería innecesario, pues parece elemental eso de que cada alma ha de ir por donde Dios la lleva, pero realmente importante para todos y no solo para quien gobierna, pues todos hemos de saber ser respetuosos con el camino por donde cada uno va, por más que no coincida con el nuestro, que siempre será el propio —por más conocido y amado— el que nos parece mejor y corremos, por eso, el peligro de querer imponérselo a los otros, desde nuestro convencimiento, que se hace todavía más grave si quien las impone lo hace sin medida y sin sentido, como aquel maestro de novicios que a Gracián le tocó en Pastrana “que era cosa excesiva la manera que les llevaba y las mortificaciones que les hacía hacer” (F 23,9) cuyas destemplanzas tuvo que ir a moderar el santo.

El rigor de la penitencia

De acuerdo con todo esto, es claro, por lo mismo, que la mortificación y penitencia son un valor y medio insoslayable dentro del camino espiritual, al margen de sus riesgos y también de sus excesos. Quizá por eso mismo nos interesa más llegar a descubrir cómo la Santa ha caracterizado con unos tonos propios esa exigencia.

Y el episodio más significativo de su valoración nos lo ofrece ella misma al hablarnos de su visita a Duruelo para comprobar de primera mano cómo viven los descalzos su recién empezada experiencia, en la que apenas llevan cuatro meses.

En primer lugar, ciertamente, ella confiesa su gozo de lo que ve, al comprobar cómo se ha transformado siguiendo sus instrucciones aquella casita pobre en monasterio cabal. La alegría con que la recibe, barriendo, Fr. Antonio. Y aquella sobriedad en el adorno de la capilla —en la que ha puesto, sin duda, la mano Fr. Juan—, que causa tanta impresión a los mercaderes que le acompañan, como a ella misma en particular: “nunca se me olvidó una cruz pequeña de palo que tenía para el agua bendita, que tenía en ella pegada una imagen de papel con un Cristo, que parecía ponía más devoción que si fuera de cosa muy bien labrada” (F 14,6).

Admira luego su espíritu de oración”, que la tenían tan grande, que les acaecía ir con harta nieve los hábitos cuando iban a Prima, y no lo haber sentido” (Ib.7).

Oye hablar, luego, de sus andanzas a predicar por los pueblos vecinos, con harta nieve y frío y del ejemplo que dan, que le viene a contar un caballero de los que vienen a confesarse al pequeño convento de ellos, y siente “un grandísimo consuelo”.

Entiende, en fin, “de la manera que vivían y con la mortificación y oración y el buen ejemplo que daban [...] que no acababan de decir de su santidad y el gran bien que hacían en aquellos pueblos” y ella no se harta “de dar gracias a nuestro Señor con un gozo interior grandísimo” (Ib.).

Solo hay un reparo que poner y ella sintiéndose madre y hermana, se lo dice sin rodeos con la libertad de los hijos de Dios: “Les rogué mucho no fuesen en las cosas de penitencia con tanto rigor que le llevaban muy grande. Y como me habían costado tanto de deseos y oración que me diese el Señor quien lo comenzase y veía tan buen principio, temía no buscarse el demonio cómo los acabar antes que se efectuase lo que yo esperaba” (F 14,12).

Evidentemente, **no era aquella la manera de mortificación** que habían enseñado a Fr. Juan en Valladolid, aunque es sabido que a la Santa se lo presentan por “hombre de penitencia”, ni cabe suponer que no entendió la lección y por tanto impuso el criterio contrario, pues, al fin, quien gobernaba era el P. Antonio. Claro que peor que no haberlo entendido antes fue que aquellos benditos “hicieron poco caso de mis palabras para dejar sus obras” (Ib.), dice la Santa con aceptación respetuosa.

Con todo, la lección de aminorar el rigor, templando la mortificación, cobra un valor especial, por ser tan clara y venir de un modo directo a corroborar lo que de una forma y de otra ella había ido diciendo también a sus monjas como un aviso preventivo de riesgo o como correctivo cuando hizo falta.

Discreción y suavidad.

Y esa templanza con que ha pedido a unos y otros moderarse en el rigor, debe, según ella, traducirse en el uso de dos actitudes que son fundamentales. En principio para **el ejercicio de cualquier virtud**, pero de manera muy nítida para quien desee luego practicarlas todas con el más puro estilo teresiano... Y esas actitudes no son otras que **la discreción y la suavidad**.

Las palabras de la Santa son insustituibles: “Querría cumpliesen la Regla, que hay harto que hacer, y lo demás fuese con suavidad. Es especial esto de la mortificación, importa muy mucho, y por amor de Nuestro Señor que adviertan en ello las preladas, que es cosa muy importante la discreción en estas cosas y conocer los talentos, que si en esto no van muy advertidas, las harán gran daño y traerán en desasosiego” (F 18,7).

Sería difícil encontrar unas palabras más precisas y ajustadas. En ellas invita a diferenciar lo substancial —que es el contenido de la Regla, el seguimiento de Cristo, la actitud teologal, la oración constante, la misma vida comunitaria—de lo secundario, como son las mortificaciones y penitencias.

Y por si hubiera quedado alguna duda sobre este sentido relativo de la mortificación, escribe: “Han de considerar que esto de mortificación no es de obligación. Esto es lo primero que han de mirar” (Ib. 8). Luego, matizando más todavía el alcance que dicha mortificación tiene en el camino espiritual, señala: “Aunque es muy necesario para ganar el alma libertad y subida perfección” (ib.). La libertad que, ciertamente, solo se logrará con el desasimiento de uno mismo, de la propia sensibilidad y gustos, a que lleva esa mortificación.

Pero todavía añade una consideración sagaz, fruto —como tantas otras— de su experiencia, de su capacidad de observación y penetración sicológica. “No se hace esto en breve tiempo, sino que poco a poco vayan ayudando a cada una según el talento les da Dios de entendimiento y el espíritu” (F 18, 8).

La recomendación parece elemental y por tal debiera siempre tenerse en el camino espiritual. Ha de ser el Señor quien despierte la necesidad, quien descubra el valor del ideal, de su amor, quien dé también las fuerzas. Y si Él no violenta a la criatura, arrasando su libertad e imponiéndole sus exigencias, sino que espera a que el hombre se dé por aludido, a que vaya haciéndose sensible “poco a poco”, nunca habrá razón suficiente para que el hombre obre de otra manera con sus semejantes.

A parte claro, la de su incomprensión o falta de prudencia.

De ahí que la Santa se demore, inesperadamente, en insistir a las prioras sobre esta necesaria precaución en el gobierno de las comunidades y su advertencia a que lo que mandan esté al alcance de quien ha de obedecer, en particular, en esto de las mortificaciones, que nunca debieran ser buscadas a propósito para probar o perfeccionar a nadie, ya que la vida da ocasiones sobradas para que cada uno demuestre lo que es.

“Ahora, pues tornando a la mortificación, manda la priora una cosa a una monja, que aunque sea pequeña, para ella es grave, para mortificarla, y aunque lo hace, queda tan inquieta y tentada que sería mejor que no se lo mandaran. Luego se entiende esté advertida la priora a no la perfeccionar a fuerza de brazos, sino disimule y vaya poco a poco hasta que obre en ella el Señor, porque lo que se hace por aprovecharla, que sin aquella perfección sería muy buena monja, no sea causa de inquietud y de traerle afligido el espíritu, que es muy terrible cosa” (F 18,10).

El no hacer las cosas en la vida espiritual “a fuerza de brazos” será una de las consignas más repetidas y sagaces de la Santa, y que ha de ser tenida en cuenta por propios y extraños. Es decir, que ni uno para sí mismo ni tampoco —y menos aún— para los demás ha de querer conseguir las cosas a la fuerza, entre otras cosas, ciertamente, porque “No se negocia bien con Dios a fuerza de brazos” (V 15,6) por la razón obvia de que a Él no podemos vencerle por la fuerza.

Respecto a esa singularidad de cada uno, comentará todavía la Santa: “Ansí que unas sufrirán grandes mortificaciones, y mientras mayores se las mandaren gustarán más, porque ya les ha dado el Señor fuerza en el alma para rendir su voluntad; y otras no las sufrirán ni aún pequeñas”. Y termina con un ejemplo concluyente antes de pedir perdón por haberse alargado en este tema: “Y será como si a un niño cargan dos fanegas de trigo, no solo no las llevará, mas quebrarse ha y se caerá al suelo”. Pero, lejos de tener que perdonarle, nunca se lo agradeceremos bastante porque, gracias a su advertencia, ha matizado más y mejor el alcance de la mortificación y penitencia y así nos queda más claro que hay un verdadero estilo teresiano de vivir esa exigencia innegable de vida cristiana que son ambas cosas, a sabiendas también, siempre de entrada “que en demasiadas penitencias ya sabéis os voy a la mano” (C. 15,3).

La otra penitencia

Para acabar de perfilar ese estilo propio, la Santa aludirá en sus escritos a otros modos de ejercitarse en la penitencia, aunque no excluya se practiquen los usuales de su tiempo si se hacen con las aludidas precauciones, y evitando, desde luego, toda mortificación extravagante, como dirá a María de San José”. Antes que se me olvide, sepa que he sabido aquí de unas mortificaciones que se hacen en Malagón... “en ninguna manera las consienta, que no son esclavas, ni la mortificación ha de ser sino para aprovechar” (216,11).

Y la primera mortificación ha de ser sin duda, la que nace de cumplir el compromiso de nuestra fidelidad al Señor. Teresa misma nos dice: “hartas veces no sé qué penitencia grave se me pusiera delante que la acometiera de mejor gana que recogerme a tener oración” (V. 8,7). Pero ha aceptado el reto y ha acudido a la misma... Y cómo san Pedro de Alcántara la “mayor penitencia

que había tenido en los principios era vencer el sueño”, en la oración, con hacer tantas, (V 27,17)... Y además claro está, la aceptación serena de cuanto la vida y el Señor nos deparan: “Si es porque haga penitencia, harta le ha dado Dios” (Cta 136,7) dice la Santa a Gracián, en alusión a todos los padecimientos de su gobierno.

Luego, de inmediato, ha de asumirse la penitencia que nace del cumplimiento del propio deber, del servicio a los demás, tanto más si obliga a dejar el propio gusto o, más aún, el embebecimiento: “ocúpenla en oficios y siempre se tenga cuenta en que no tenga mucha soledad... harta mortificación será para ella. Aquí quiere probar el Señor el amor que le tiene” (4M3, 13). La misma disponibilidad para un oficio costoso sería señal de mortificación noble: “No creo tendrá mortificación Isabel de Santo Domingo para ir allí a Malagón”, mas sería remediar aquella casa de Priera, escribe la Santa a Gracián (245,9).

Lo mismo cabe decir del aceptar una obediencia costosa, como la que supone para Teresa el ponerse a escribir, en algunos casos. Así, nos dice que el hacerlo “me ha sido grandísima mortificación y hecho gran repugnancia” (Modo de visitar conventos 1), de modo que en sutil y amorosa petición dice al final a Gracián: “Suplico a Vuestra paternidad, en pago de la mortificación que me ha sido hacer esto, me la haga de escribir algunos avisos para los visitadores” (Ib.54).

Una buena mortificación es también, por supuesto, la aceptación humilde de la propia pobreza a la hora de corresponder a Dios. Dice la Santa: “Anda con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que puede hacer, y lo mucho que está obligada, que no es pequeña cruz, sino harto gran penitencia” (7M 2,9). Y también por supuesto el llevar la cruz de las enfermedades: “La verdadera penitencia es cuando Dios le quita salud para poderla hacer y fuerzas” (7M 2,9), y en el título del capítulo 11 de Camino: escribió: “Prosigue en la mortificación y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades”. Y en todo caso, una mortificación inmejorable para la que no faltarán otras ocasiones es la de quebrar o doblar la propia voluntad, que diría la Santa: “Es más penitencia darse [la disciplina] tan tasadamente, después de comenzado, que es quebrar la voluntad” (Cta.182, 4).

De modo que, al fin, lo importante sería precisamente esto: el quebrar o doblar la propia voluntad, y aceptar con espíritu generoso y pronto, sin reticencias, cuanto la vida, la obediencia, los roces comunitarios, las limitaciones personales y ajenas, la enfermedad, los achaques, la pobreza, las carencias, nos ponen en bandeja todos los días.

Todo ello, en definitiva, puede ser más difícil y costoso de soportar que la mortificación más costosa que nosotros mismos nos hayamos impuesto. Precisamente por eso, porque, en un caso, nace de nuestra voluntad, y en ello se recrea, haciendo gala de su pretendida generosidad. Y, en los otros, nos resulta algo impuesto que nos contraría y quita toda apariencia de heroísmo a nuestra aceptación.

Pero el detalle más preciso que la Santa nos ha legado sobre esta **discreción** en la mortificación y del **no buscar modos extraños**, nos lo ofrece cuando un día solicita el ingreso en sus conventos una postulante con un notable defecto físico. La razón para no aceptarla será precisamente esta “paréceme mortificación continua para las demás, por andar siempre tan juntas”.

En cualquier caso, lo verdaderamente importante para que resulte válido (y aun llevadero) todo cuanto la vida pueda depararnos de mortificador, y por supuesto en ese necesario doblar la propia voluntad, que es la penitencia más eximia será **asumirlo con amor**, que es no solo lo que le da valor, sino que, a la vez, aviva el deseo de llevarlo, aunque fuera mayor... Como, de hecho, sucede a quienes con él hacen las penitencias, según dice la Santa: “Como acaece acá a los que con fuerza de amor hacen grandes penitencias, que no las sienten casi, antes querrían hacer más y más y todo se les hace poco” (5M 2,14).

La conclusión aparece así clara, entiendo. Hoy no es hora de bonanza para la penitencia y la mortificación. Pero no cabe excluirlas, ni de la vida cristiana ni menos de la vida religiosa. Y, para ayudarnos a vivirlas sin estridencias, Teresa nos ha recomendado un estilo de practicarlas con discreción y suavidad. Lo que sí hace falta es motivarlas en el amor a Dios. Y según este sea más fuerte o débil lo estará nuestra ánimo y disposición para asumir unas y otras, primero ciertamente las que la vida nos depara y luego las que puede sugerir nuestro fervor, o necesitar más de quebrar en ellas nuestra voluntad.